

Chema Doménech

SALITRE 48

QUIQUE GONZÁLEZ

EN EL DISPARADERO



•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•

•
•



NEGRA EDICIONES

Chema Doménech

Salitre48



Quique González en el disparadero

Salitre48. Quique González en el disparadero

Primera edición, marzo de 2016. Primera edición en NEGRA EDICIONES, abril de 2022

© Chema Doménech Lamparero, 2022

© Fotografías de Fernando Maquieira

© Negra Edición Gráfica, S. L. (NEGRA EDICIONES), 2022

NEGRA EDICIONES es un sello editorial de Negra Edición Gráfica S. L.

Calle Lepanto, 10. El Escorial. 28280 Madrid

www.negraediciones.com

Diseño de portada e interior de cubierta: Fernando Maquieira

Diseño de la colección y maqueta: Negra

ISBN: 978-84-122522-4-8

Depósito legal: M-11692-2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

*A la memoria de mi padre, que me regaló la música.
A Ara, Aitana y Sofía, que la hacen sonar.*

Índice



Introducción	9
1. Fuera de la realidad	17
2. Lluvia de canciones	27
3. <i>Loops</i> y cajas de ritmos	35
4. Sin compañía y sin oficina	43
5. Último noviembre de los 90	49
6. Música en el pantano	55
7. Quemar la casa, empezar de cero	63
8. La aspiradora de flanes	69
9. Bañado en Salitre	75
10. Chicas, puñaladas y días de feria	81
11. Afuera el carnaval	89
12. Un refugio en los bares	93
13. Los peores ladrones de la Historia	99
14. Los buenos amigos	105

15. Estación de primavera	111
16. Discos de antes	115
17. Grasa en las canciones	121
18. Un habitante más	127
19. «Uno de los buenos»	135
20. ¿Quién necesita una canción de amor? .	143
21. Mediocridad premiada	149
22. Carretera y Raya	153
23. Quique González y los Heartbreakers .	163
24. Permiso para aterrizar	173
25. ¿Dónde está tu ambición?	177
26. «Fuimos una banda»	183
Epílogo	189
Agradecimientos	193

Introducción



El día ha amanecido claro en el Parque Natural Cabo de Gata, en Almería. Recién levantado, Fernando Maquieira se asoma a la ventana y sonríe al comprobar que, como esperaba, el sol luce espléndido sobre el Mediterráneo, lo que se ajusta perfectamente a sus planes. Ha sido una semana de trabajo intenso, aunque también de diversión, recorriendo parajes de la zona de una belleza incontestable, pero hasta ayer por la tarde el fotógrafo no tuvo la certeza de haber encontrado el sitio perfecto, el que llevaba días buscando. Es un punto concreto en la carretera que lleva a Rodalquilar, cerca de un antiguo puesto de vigilancia de la Guardia Civil conocido como el Mirador de la Amatis-ta. Allí, un pronunciado cambio de rasante facilita la ilusión óptica en la que el cielo, la tierra y el mar

parecen unirse en un mismo plano, así que al pasar por el lugar no dudó en detener el coche. Un minuto después estaba disparando su Nikon, pero a esa hora de la tarde la luz no era propicia. Decidió regresar a la mañana siguiente, cuando el sol estuviera situado enfrente del objetivo.

El mismo sol cuyo reflejo sobre el mar observa ahora a través de la ventana. Su experiencia como fotógrafo es ya lo suficientemente dilatada como para haberle enseñado que es posible tomar mil imágenes, pero siempre hay una que se convierte en la única, en la que desbanca a todas las demás. Y esta mañana luminosa Fernando es consciente de que aún tiene que hacer esa fotografía, y que ésta se encuentra en ese cambio de rasante en la carretera de Rodalquilar. Con este pensamiento se aleja de la ventana y se dispone a revisar su equipo fotográfico, haciendo tiempo hasta que se levanten las otras dos personas que hay en la casa: su primo Fernando —hermano pequeño de Arturo, el dueño de la vivienda— y el amigo con el que ha venido desde Madrid, Enrique González Morales, un joven músico que empieza a ser conocido artísticamente en el circuito musical con el nombre de Quique González.

La idea de viajar hasta Almería fue del propio fotógrafo. Hace semanas que González lo llamó con un punto de alegría en la voz: «No te imaginas

qué compañía quiere sacar el disco», le había dicho el músico en cuanto Fernando descolgó el teléfono. A continuación le contó que Universal Music, la multinacional que le dio la carta de libertad tras la publicación de su primer disco, *Personal*, estaba nuevamente interesada en editar las canciones en las que el compositor llevaba trabajando casi dos años junto a Carlos Raya, que era quien las había producido y grabado en el pequeño estudio casero que tenía en su vivienda de Rivas Vaciamadrid, un municipio cercano a la capital. Eran 16 canciones que, divididas en tres maquetas, habían circulado por las oficinas de distintas compañías discográficas sin obtener respuesta de ninguna. Nadie parecía estar interesado en ellas hasta que Nacho Sáenz de Tejada, que había comenzado a trabajar como director creativo en Universal, telefoneó a Quique González para anunciarle que esta compañía tenía interés en editarlas en el que sería el segundo trabajo discográfico del autor madrileño. Maquieira enseguida pensó que el Cabo de Gata sería el lugar ideal para hacer las fotografías que ilustraran la portada y el libreto del futuro disco.

Y ahora están aquí, en la casa que el primo Arturo posee en El Pozo de los Frailes. El fotógrafo tiene claro que las imágenes deben ser luminosas pero, al mismo tiempo, han de plasmar la soledad en la que ha trabajado el músico durante meses.

Sabe que en esas canciones se evidencian paisajes urbanos pero también carreteras, playas desiertas y acantilados en los que rompen las olas. Por ello durante toda la semana ha gastado varios rollos de película en las calles de San José, en las antiguas minas de Rodalquilar, en las playas que circundan la Isleta del Moro o en el “bar de Jo”, propiedad de Jo Bel, un motero francés que a principios de los años 90 del siglo xx creyó encontrar en Los Escullos su paraíso particular.

Fernando Maquieira quiere además que la imagen de portada transmita la melancolía vitalista que impregna el disco, y piensa que la silueta de un solitario González captada a contraluz, con el mar fundido al fondo con el cielo, puede ser capaz de expresar ese sentimiento en apariencia contradictorio, en el que la alegría de los sueños que están por cumplir confluye con la sensación de pérdida de los que quedaron por el camino. Con esa idea en la cabeza, dentro de un par de horas estará en el cambio de rasante del Mirador de la Amatista, disparando con teleobjetivo a la figura lejana de un paciente y divertido Quique González, que posará durante un buen rato con su guitarra bajo el brazo.

Es viernes 9 de marzo de 2001, el día en que Maquieira conseguirá al fin esa fotografía que anda buscando, la que desbancará a todas las demás. La capta en un rollo de diapositiva que después reve-

lará como negativo, propiciando una aberración cromática al estilo de la que conseguirán los filtros que años más tarde se popularizarán en aplicaciones para teléfonos móviles.

Después de la productiva sesión de fotos, los tres amigos lo celebrarán con una comida en la Isleta del Moro y al día siguiente regresarán a Madrid, poniendo fin a un viaje inolvidable. Fernando Maquieira lo recordará así años después:

«Fue muy divertido. Quique y yo éramos ya amigos, y él conectó también de maravilla con mi primo Fernando, que es un tipo muy gracioso. Estábamos todo el día como de excursión, buscando localizaciones. No parábamos de hacer fotos, en plan trabajo pero muy distendido, muy hippie, riéndonos de todo continuamente. Aquellos paisajes brindan un montón de posibilidades, te pones a hacer fotos y pasan cosas. En muy pocos kilómetros a la redonda teníamos todo lo que podíamos necesitar: el mar, unos parajes salvajes que contrastaban con esos grandes espacios industriales en desuso, minas abandonadas, cortijos en ruinas... Lo pasamos tan bien que semanas después volvimos para grabar el videoclip de *La ciudad del viento*».

El 21 de mayo de 2001, algo más de dos meses después de aquel viaje al Cabo de Gata, esa fotografía realizada en la carretera de Rodalquilar ilustraría en las tiendas la portada de **Salitre48**, el segundo disco en la trayectoria musical de Quique González. Un álbum de 16 canciones de una calidad incuestionable que sentaría las bases de la trayectoria posterior del compositor madrileño y que con el tiempo se convertiría en la puerta de entrada más concurrida al universo de un músico que, desde entonces, no ha dejado de crecer, en un camino siempre ascendente aunque no exento de dificultades.

Se trata además de un caso inusual en la industria discográfica, al haber sido editado con maquetas de las canciones, grabadas en casa del productor Carlos Raya de forma prácticamente artesanal sin el habitual proceso de grabación en estudio. Porque **Salitre48** no existiría como lo conocemos si Quique González no hubiera escrito esas canciones inolvidables, pero tampoco si en su camino no se hubiera cruzado con un músico con las cualidades profesionales y humanas de Raya, que fue el artífice de esas grabaciones caseras que finalmente conformaron el disco.

Muchas de las canciones que éste contiene son hoy clásicos insoslayables en el repertorio del artista, como lo demuestra la reciente reedición es-

pecial de aniversario realizada por Universal Music, la compañía discográfica que, habiendo dado la carta de libertad a Quique González tras la publicación de *Personal*, su primer trabajo, finalmente se rindió ante la magia de estas canciones y volvió a fichar al joven rockero.

Estas y otras razones han convertido a ***Sali-tre48*** en un disco emblemático, el preferido por muchos de los seguidores del músico madrileño hoy afincado en Cantabria. La historia que envuelve la grabación y edición de esta colección de canciones representa una manera de entender la creación artística y el oficio de músico. Es, en todo caso, una historia que merece ser contada.

1.

Fuera de la realidad



Aquel día en los estudios de grabación Eurosonic el ambiente era festivo. Acababa de comenzar la primavera de 1998 y algunos ejecutivos de PolyGram habían acudido a escuchar las mezclas de *Personal*, el álbum que la multinacional de raíz holandesa planeaba editar semanas después y que constituiría el debut discográfico de un artista desconocido llamado Quique González. Allí estaban el joven músico y su productor, Carlos Raya, recibiendo las felicitaciones de los representantes de la discográfica y brindando por un éxito que se daba por seguro. Tal demostración de optimismo no acababa de gustar al experimentado y prudente Carlos Raya, a quien preocupaba constatar que las expectativas de la compañía eran muy altas. Demasiado, en su opinión, así que una vez más se

sintió en la obligación de advertir a Quique González de que el éxito no iba a ser tan fácil ni tan rápido como los directivos de PolyGram pronosticaban en ese momento.

González había fichado por la compañía de la mano de su mánager, Manuel Notario, responsable de Hook Management. A ambos los había presentado tiempo atrás Enrique Urquijo, que también era un artista de la oficina de Notario, con la intención de echar un cable al muchacho con quien compartía escenario una noche a la semana en El Rincón del Arte Nuevo. Juan Garvía, el dueño de este pequeño café madrileño, un clásico de la música en directo y por cuyo diminuto escenario ha pasado buena parte de los cantautores nacionales de las últimas décadas, había hecho coincidir a ambos *Enriques*, Urquijo y González, por afinidad de repertorio. Primero tocaba el novato y después el veterano. Así habían llegado a simpatizar y a comprobar que su visión sobre la música concordaba en puntos esenciales. Para González, Urquijo era un maestro, uno de los compositores españoles de mayor talento, autor de algunas de las canciones con las que él había crecido. Pero tanto o más que sus canciones admiraba su actitud artística y vital. Enrique Urquijo vivía para la música, era lo que más le importaba. Por ello, a pesar de ser el líder de un grupo

de éxito nacional como Los Secretos, no dudaba en subirse a escenarios tan pequeños como el de El Rincón para cantar las canciones que a él le emocionaban, aunque fuera frente a unos pocos fieles. Con ese propósito había montado la banda Los Problemas, su proyecto paralelo a Los Secretos, con la que tocaba en bares temas propios y ajenos y daba rienda suelta a su pasión por músicas y ritmos alejados del pop rock como la ranchera, la copla o el tango.

En El Rincón del Arte Nuevo Quique González había conocido la sensación de tocar para casi nadie. «Mi récord de menos público lo gané allí y sigue vigente, fue una noche que sólo había una pareja, que además acabó dándose el lote y pasando de mí a la segunda canción», bromeará años después. A raíz de esas noches compartidas en El Rincón, Enrique Urquijo le pidió que escribiera una canción para él, con el fin de grabarla en su segundo disco con Los Problemas. González le pasó una maqueta con cuatro canciones, pero Urquijo se quedó con la primera que escuchó, que acabó incluyendo en su álbum *Desde que no nos vemos*. Esa canción se llamaba *Aunque tú no lo sepas*, y Quique González la había escrito inspirándose en un poema homónimo publicado en uno de sus libros favoritos, *Habitaciones separadas*, del poeta granadino Luis García Montero.

Ni Enrique Urquijo ni Quique González podían saberlo entonces, pero este último tendría que vivir casi dos años prácticamente con el dinero que la versión de Urquijo generaría en derechos de autor. Tiempo después, siendo ya amigos, el propio García Montero confesaría a González que su hija comenzó a tomarlo en serio como poeta gracias a esta canción.

En PolyGram habían visto en aquel joven artista cualidades de estrella, y estaban convencidos de que en poco tiempo podría convertirse en un músico de gran éxito comercial. En lo que se refiere a *Personal*, se trataba de un disco de mucha calidad y un marcado espíritu rockero, con sonido guitarrero y letras que reflejaban historias urbanas, amores urgentes, amistad sin condiciones y sueños de libertad. También había espacio para la profundidad y la madurez de canciones como *Músico de guardia* o *Y los conserjes de noche*, y ese cóctel parecía tan apetecible que no era descabellado pensar que efectivamente el músico estaría en pocos meses llenando grandes recintos.

Sin embargo, los planes de la compañía discográfica empezaron a chocar pronto con los intereses de un artista que, pese a su juventud, ya empezaba a dar muestras de claridad de ideas acerca del camino que quería seguir y qué terrenos no estaba dispuesto a pisar. Hay una anécdota reveladora en

ese sentido, referente a la sesión de fotos planificada desde PolyGram para ilustrar el libreto del disco. Cuando Quique González vio el estilismo que le habían preparado supo que las cosas no funcionarían: él nunca se habría vestido así, ni hubiera lucido complementos como un llamativo anillo que en aquel momento le pareció horroroso, aunque accedió a fotografiarse y a esperar el resultado. «Este tío no soy yo», pensó cuando vio aquellas imágenes. Por eso decidió llamar a Fernando Maquieira, un fotógrafo que se movía en el mundillo musical y a quien había conocido tiempo atrás a través de Manuel Notario. La primera vez que ambos quedaron Maquieira le hizo unas fotografías para ilustrar una maqueta en los alrededores de la Plaza Mayor de Madrid, bajo el Arco de Cuchilleiros. Enseguida congeniaron.

En esta ocasión decidieron ir al mismo lugar que habían elegido en PolyGram para la primera y fallida sesión fotográfica, una vieja fábrica abandonada cerca de Entrevías, un barrio del extrarradio madrileño. Pero esta vez González se vistió a su manera, con vaqueros y chupa de cuero, y se colgó la Telecaster del 78 que había comprado poco antes en Londres. Esas fotos serían las que finalmente aparecerían en la portada y el libreto de *Personal*. Quique González ganó esa batalla, aunque acabaría perdiendo otras.

El disco se editó finalmente durante la primavera de 1998, y los recelos que había manifestado Carlos Raya pronto se demostraron fundados. El álbum fue bien recibido por la crítica y la prensa especializada pero no cumplió las expectativas de ventas. La gira posterior tampoco ayudó a mejorar las cosas, según explica el propio Quique González:

«Es cierto que todo aquello estaba como fuera de la realidad. Quizás no entendían quién era yo, aunque se dieron cuenta rápido. Pienso que la compañía apostó y creyó en ello, y luego supongo que se desinfló la cosa. Me parece que Notario, el mánager, también tuvo unas expectativas demasiado altas, de hecho durante la gira tocábamos en sitios mucho más grandes de lo que debíamos. Nos pegamos unas hostias increíbles, metíamos a 20 personas en sitios de 400, en salas que he logrado llenar 15 años después. Íbamos a Bikini, en Barcelona, o a la Roxy, en Valencia, sitios en los que toco ahora. Pero bueno, también tienen que ocurrir estas cosas para que te des cuenta de dónde estás».

Durante los últimos meses de aquel 1998 la multinacional de origen estadounidense Universal Music Group absorbió a PolyGram, después de que

ésta fuera vendida a Seagram. En una entrevista publicada en el anuario de la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE) en 1999, el entonces vicepresidente de Universal Music Spain, Carlos Ituiño, declaraba que para la compañía suponía un reto prioritario potenciar el producto local joven, cuya bandera dentro de Universal la portaba la cantautora canaria Rosana.

Ituiño hacía referencia a grupos como Jarabe de Palo, Ella Baila Sola o La Oreja de Van Gogh, formaciones que en aquellos días lideraban las ventas de discos en España y pertenecían a catálogos de otras compañías. Parece obvio que, con ese planteamiento empresarial, el perfil de un músico poco conocido y con escasas cifras de ventas no tuviera hueco en los planes de los nuevos responsables de la compañía.

A finales de ese año, Quique González recibió un correo certificado de Universal. Era su carta de libertad, una notificación fría y escueta en la que se le comunicaba que la multinacional discográfica prescindía de él. De repente, el músico que unos meses antes encarnaba una gran promesa del rock nacional se veía sin respaldo en la industria musical y con el ánimo socavado. Tras digerir la noticia, el primer número que marcó en su teléfono fue el de Carlos Raya. Así lo recuerda:

«Sin llegar a estar desesperado, me encontré un poco perdido y bastante jodido. No recuerdo exactamente lo que me dijo Carlos, pero imagino que no sería algo muy distinto a “bueno, pues vamos a seguir haciendo canciones”. Esa es una de las miles de enseñanzas que he recibido de él: tirar para adelante siempre, no quedarse parado».

Carlos Raya, por su parte, comprende que en aquel momento González se encontrase desmoralizado:

«Universal tenía demasiadas expectativas con *Personal*, y esperaba que Quique se convirtiera en un súper-hit y rápido. Los directivos se desinflaron cuando vieron que no ocurrió con ese disco lo que esperaban, y lo echaron. Siempre es difícil cuando a alguien se le da la carta de libertad, porque quiere decir que no se apuesta por el artista y eso mina un poco la confianza en uno mismo. Recuerdo que hablé con él y le dije que a base de trabajo siempre se encuentran recompensas con el tiempo».

Lo que ambos ignoraban es que deberían esperar más de dos años para disfrutar de esas recom-

pensas, que vendrían envueltas en un disco que tomaría como título el nombre de la calle y el número donde se ubicaba la casa en la que entonces vivía Quique González.